


HÉRCULES Y ALEJANDRO MAGNO: DOS PATRONES ANTROPOLÓGICOS Y LITERARIOS

ÁNGEL GÓMEZ MORENO

Al maestro Luis Gil y su brillante escuela

IENTRAS PREPARABA mi libro *Claves hagiográficas de la literatura española (del “Cantar de mio Cid” a Cervantes)*, de inminente aparición, fui comprobando hasta qué punto eran numerosos los puntos de encuentro, tanto a bulto como en detalles precisos, entre las leyendas de Hércules y Alejandro Magno, de una parte, y, de la otra, los distintos relatos hagiográficos, épicos o novelescos de que me iba sirviendo. En algunos casos, la coincidencia se explica por impregnación o influjo directo; en otras, acaso los más, el panorama se muestra mucho más difuso, ya que los contactos se producen en el dilatado ámbito en que se entrecruzan el folklore y la cultura libraria. El orden no me importa tanto como el hecho de que Hércules y Alejandro compartan señas y potencias con los grandes héroes y con los grandes santos. Al final, se pone de relieve cómo, en el universo de los estudios literarios, cualquier prospección que se pretenda sería debe buscar firme en un comparatismo de amplio espectro, si es que no en el vastísimo dominio de la antropología.

Los relatos novelescos, épicos y hagiográficos coinciden en algunos de sus rasgos genéricos, sin que se sepa a ciencia cierta en qué dirección obran los influjos ni podamos determinar su naturaleza precisa en cada caso. El *roman*, en sus diversas manifestaciones, abunda en sucesos extraordinarios o fenómenos dignos de admiración; para encontrarlos no hay que adentrarse sólo en el universo de la ficción pura (vale decir, en la literatura artúrica o en otros enredos romancescos) sino en algunas de las grandes leyendas del Mundo Antiguo, con Alejandro Magno

al frente de todas ellas (y no atiendo, por no haber espacio, a los contactos de esta leyenda con el culto a Dioniso o Baco, conquistador de la India y formidable taumaturgo). Tengamos en cuenta que tales relatos también se apoyan en la pura fantasía o apelan de continuo a unos *mirabilia* prácticamente inevitables desde el momento en que Alejandro se había dado a explorar tierras ignotas. La gesta del macedonio tomó esta deriva tiempo antes de tender hacia el ámbito de la novela: ya antes la épica clásica se mostraba plagada de episodios taumatúrgicos. En ese sentido, destaca la visita a espacios prohibidos a todo mortal, como es el Hades, ya se trate de Ulises, de Hércules, de Eneas o, en la derivación de la leyenda, del propio Alejandro; del mismo modo, el macedonio habría perseguido los confines del espacio opuesto, el Paraíso, de acuerdo con *Alexandri Magni iter ad Paradisum*, obra anónima del siglo XII que gozó de una notable fama por distintas partes de Europa.¹ El Medioevo tardío alimentaría esta leyenda con nutrientes especialmente fértiles, vinculados a la figura del Preste Juan y a sus dilatados dominios, en los que se ubicaba el Paraíso.² Aquí y ahora, pondré unos cuantos ejemplos en atención al protagonista (especial por muchas razones) de toda esta serie de relatos.

1. PRODIGIOS AL NACER

Un ingrediente común a todos ellos es el de los signos extraordinarios que los acompañan incluso antes de venir al mundo.³ En primer lugar, la cita obligada es el nacimiento de Cristo y la aparición del cometa, vulgo estrella, que todos

¹ Véase M. Alexandre, “Entre ciel et terre: les premières débats sur le site du Paradis (Gen. 2, 8-15, et ses receptions)”, en *Peuples et Pays Mythiques* (París: Les Belles Lettres, 1987), pp. 187-224. La importancia del héroe macedonio explica otros tantos ejemplos taumatúrgicos o, más específicamente, hagiográficos en que el anacronismo se cuela de rondón, como el de la vida de santo Tomás, cuyo cuerpo habría sido devuelto desde la India por orden de su conquistador (Pedro de la Vega, *La vida de Nuestro Señor*, II, 14v).

² Sobre el particular, está trabajando José Luis Aragüés, el brillante hagiógrafo de la Universidad de Zaragoza. A este respecto, las cuatro obras de referencia son Jean Delumeau, *Historia del Paraíso*, Madrid: Taurus, 2005 (orig. fr., 1991-2000); Jeffrey Burton Russell, *A History of Heaven: The Singing Silence*, Princeton: University Press, 1997; Colleen McDannell y Bernard Lang, *Historia del cielo. De los autores bíblicos hasta nuestros días*, Madrid: Taurus, 2001 (orig. ing., 1988); y Claude Carozzi, *Le Voyage de l'âme dans l'au-delà d'après la littérature latine (Ve-XIIIe siècle)*, Roma: École Française de Rome, 1994.

³ Trataré aquí de prodigios que anuncian el orto y el óbito del ser ungido de la gracia divina; dejo, en esta ocasión, el estudio de los prodigios acaecidos en momentos tan especiales como la elección de un gran prelado, como san Cirilo de Jerusalén (una cruz celeste se situó sobre el monte Calvario) y san Braulio de Zaragoza (un globo de fuego bajó del cielo y se situó sobre la cabeza de quien iba a ser el nuevo obispo). Ambos momentos se recogen en Pedro de Ribadeneira (*Flos sanctorum. De las vidas de los santos* [Barcelona: Imprenta de los Consortes Sierra, Oliver y Martí, 1790], vol. I, pp. 506 y 508, respectivamente).

conocemos desde niños. A su lado, cabe recordar otras profecías que gozaron de cierta fama en el Medievo, como la de que el nacimiento de Jesús sería anunciado por un anillo alrededor del sol, por el parto de un cordero parlante en Babilonia y por el hallazgo de una fuente que manaría aceite en lugar de agua.⁴ Más extendida se mostraba la creencia de que, cuando nació el Mesías, la noche se transformó en día luminoso, como se recoge, por ejemplo, en la divulgada *Legenda aurea* de Jacobo de Vorágine.

En el universo de la literatura heroica, que derivará en lo erudito y lo novelesco, el nacimiento de Alejandro Magno se acompañó de todo un rosario de prodigios que aumentaron en los años en que se pretendía su divinización;⁵ más tarde, con esos mismos prodigios se adornaría el orto de Octavio Augusto (como narra Suetonio, *Vitae Caesarum*, II, 94, 3, autor éste que se erigió en uno de los principales modelos para los grandes hagiógrafos, como se percibe con toda nitidez en las *vitae* compuestas por san Jerónimo). Entre Cristo y Alejandro, surgieron nuevos puentes por vía legendaria: si el nacimiento de Alejandro coincidió con la destrucción del templo de Diana en Éfeso (una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo) por un incendio provocado, la llegada de Cristo se manifestó –en un claro caso de anacronismo– por el hundimiento del Templo de Roma, inmediatamente sustituido por la Iglesia de Santa Maria Nova.⁶ En el ámbito hagiográfico, hay que recordar a santa Genoveva de París, a la que atienden los *Miracles de Sainte Geneviève* (compilados entre los siglos XII y XV), cuyo nacimiento fue celebrado ostentosamente por los ángeles.

De venir a España, no han de escapársenos los prodigios que anunciaron el nacimiento de quien luego será Alfonso X, con una nube ardiente que cubrió toda la Península en el momento de la Epifanía (como se describe en la *Estoria de España*).⁷ Más adelante, los *flores* darían cabida a cierta leyenda relativa a su padre, Fernando III, que sorprende mucho menos dada su condición de santo; en

⁴ Véase Frederic C. Tubach, *Index exemplorum. A Handbook of Medieval Religious Tales* (Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1981), n. 993.

⁵ Acerca de estas señales y del modo en que llegan a nuestro texto en cuaderna vía, véase Bienvenido Morros, “Las glosas a la *Alexandreis* en el Libro de Alexandre”, *Revista de Literatura Medieval* 14 (2002) 63-107 [66-72].

⁶ *Index exemplorum. A Handbook of Medieval Religious Tales* (Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 1981), p. 4729.

⁷ “Otrossí fallamos en las estorias que a aquella ora que Ihesu Cristo nasció, seyendo media noche, apareció una nube sobre Espanna que dio tamanna claridad et tan grand resplandor et tamanna calentura cuemo el sol en mediodía, quando va más apoderado sobre la tierra. E departen sobr’esto los sabios et dizen que se entiende por aquello que, después de Ihesu Cristo, verníe su mandadero a Espanna a predicar a los gentiles en la ceguedat en que estavan, et que los alumbraríe con la fe de Cristo; et aqueste fue sant Paulo. Otros departen que en Espanna avíe de nacer un príncep cristiano que seríe sennor de tod’el mundo, et valdríe más por él tod’el linage de los omnes, bien cuemo esclareció toda la tierra por la claridad d’aquella nube en quanto ella duró” (cito, con algunos

concreto, recoge algunas de las maravillas que anunciaron su futuro nacimiento, entre ellas el hallazgo de tres libros proféticos dentro de una piedra por un judío toledano. El ambiente mesiánico de los años de los Reyes Católicos está en el origen de manifestaciones similares, como los prodigios que rodearon el nacimiento de Isabel la Católica (en las coplas 29-37, la *Consolatoria de Castilla*, escrita hacia 1487 por Juan Barba, alude a un cometa, y en las coplas 38-47 a un terremoto que destruyó casi por completo la judería sevillana)⁸ y el de su esperado y pronto malogrado hijo, el príncipe don Juan (de acuerdo con la *Historia de los Reyes Católicos* de Andrés Bernáldez, cuyo capítulo XXXIX narra que, “a mediodía, fizo el sol un eclipse el más espantoso que nunca los que fasta allí eran nascidos vieron, que se cubrió el sol de todo e se paró negro, e parecían las estrellas en el cielo como de noche”).⁹ En la ficción literaria, un magnífico ejemplo es el que ofrece un libro de caballerías quinientista, *Cirongilio de Tracia* (1545) de Bernardo de Vargas. Aquí, los sucesos maravillosos son idénticos a los vistos en las *vitae* y en el resto de las tradiciones literarias:

Porque al instante que el niño nació, apareció en el cielo una luminaria tan grande y tan clara que a juicio de los que la miravan parecía ocupar la décima parte del cielo. Tan radiante se mostrava que con su claridad privava los rayos del resplandeciente sol. Duró esto así por espacio de tres días sin se mover de un lugar, y al fin de los tres días, viéndolo todos los que en ello miravan, visiblemente desapareció. Y allende de lo ya dicho, en la misma persona del infante quiso Nuestro Señor Dios mostrar sus señales y grandes maravillas, poniendo y esculpiendo en el su brazo derecho diez letras bermejas a manera de fuego, las cuales, puesto que muchos se juntaron, no ovo persona alguna en toda aquella región que las supiesse ni acertasse a leer ni entendiesse ni penetrasse su significación, cosa dina de grande espanto y admiración.

En fin, recuérdese que, por esos años, el recurso al nacimiento se había convertido en un tópico, especialmente sólido, del *genus demonstrativum* o *epidicticum* de la vieja retórica, como recuerda Nebrija en su *Artis rhetoricae compendiosa coaptatio ex Aristotele, Cicerone et Quintiliano* (Alcalá de Henares, 1515): “Illa quoque

cambios y el texto convenientemente acentuado, por la ed. de Ramón Menéndez Pidal [Madrid: Cátedra Seminario Menéndez Pidal y Editorial Gredos, 1978], vol. I, p. 108).

⁸ En conjunto, se presenta con la rúbrica “Ynformación del terremoto que vino por Sevilla”, en Pedro M. Cátedra, *La historiografía en verso en la época de los Reyes Católicos. Juan Barba y su Consolatoria de Castilla* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 1989), pp. 185-187. Sobre ello hemos tratado Teresa Jiménez Calvente y yo mismo en “Entre edenismo y emulatio clásica: el mito de la Edad de Oro en la España de los Reyes Católicos”, *Silva. Estudios de Humanismo y Tradición Clásica* 1 (2002) 127-130.

⁹ En este caso, tal vez el fenómeno le sirva a Bernáldez como mal presagio, dado el triste final de don Juan, en 1497 en Salamanca, y dado que el autor cerro esta crónica en 1513. Para el texto, me sirvo del tomo LXX de la BAE.

interim ex eo quod ante ipsum fui tempore trahentur quae responsis vel auguriis futuram claritatem promisserunt”¹⁰.

2. LA VIRTUD EN LA LACTANCIA

Si progresamos por vía recta, damos en primer lugar con las varias formas del tópico *puer / senex*. El paradigma de inteligencia excepcional a temprana edad es el de Cristo, con el episodio bíblico de la derrota de los sabios en el templo o con la prueba apócrifa de la elección adecuada entre los tres regalos que le ofrecieron los Reyes Magos, que cuajó en una derivación marginal de la leyenda de la Epifanía de enorme importancia para nosotros por cuanto se plasma en el *Auto de los Reyes Magos*.¹¹ A su lado, hay que situar a varios santos y unos cuantos personajes –históricos unos, frente a otros puramente novelescos o legendarios– que se aplican a ese mismo modelo, con Alejandro Magno al frente de todos ellos, ya que desde los primeros días de su vida era capaz de escoger las nodrizas adecuadas para no verse afectado por la leche de una mujer de baja condición:¹²

*El infante Alexandre, luego en su niñez,
empeçó a mostrar que seríe de grant prez:
nunca quiso mamar leche de mugier rafez,
si non fue de linaje o de grant gentilez.*

Idéntico motivo encuentro en la leyenda de san Nicolás (comúnmente conocido como san Nicolás de Bari, por cuanto esta ciudad proclamó en 1087 que conservaba sus preciadas reliquias), tan virtuoso que, cuando era sólo un niño de pecho, hacía penitencia los miércoles y los viernes, días en los que no probaba la

¹⁰ Puede leerse ahora en la traducción de Luis Albuquerque, en Miguel Ángel Garrido Gallardo, comp., *Retóricas españolas del siglo XVI escritas en latín*, Madrid, CSIC-Fundación Hernando de Larramendi, 2003.

¹¹ Sobre el asunto, escribe Franco Cardini, *Los Reyes Magos* (Barcelona: Península, 2001), pp. 64-65.

¹² Véase Juan Manuel Cacho Bleuca, “Nunca quiso mamar lech de mugier rafez. (Notas sobre lactancia. Del Libro de Alexandre a don Juan Manuel”, en Vicente Beltrán, ed., *Actas del I Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Santiago de Compostela, 2 al 6 de diciembre de 1985 (Barcelona: PPU, 1988), pp. 209-224. En este trabajo atiende, entre otros motivos, a la leyenda de un Alejandro semidiós, nacido de la relación del dios egipcio Nectanebo, que poseyó a Olimpia bajo la apariencia de un dragón. Para las fuentes del pasaje, Juan Casas Rigall, por cuya edición cito, resume: “La fuente básica es el Roman d’Alexandre [...] Los detalles se completan probablemente con las glosas del manuscrito de Gautier manejado por el poeta (Morros 2002: 66-70)”, en *Libro de Alexandre* (Madrid: Castalia, 2007), p. 131.

leche materna¹³. El motivo aparece en las principales vulgatas, latinas y vernáculas, de su vida, como la de Pedro de la Vega (*La vida de Nuestro Señor*, II, 7),¹⁴ que transforma el motivo ligeramente: “y no mamava sino una sola vez en los miércoles y viernes”; en los mismo términos se expresa Pedro de Ribadeneira (*Flos*, III, p. 553).¹⁵ Esta precocidad en la virtud vuelve a aparecer, de idéntica manera, en la vida de san Juan de Mata, fundador de los trinitarios, sobre cuya lactancia nos dice Pedro de Ribadeneira (*Flos*, III, p. 444):

Nació víspera de san Juan Bautista, y por esso le llamaron Juan en el bautismo; y fue Juan en las asperezas y penitencia, que se adelantó no sólo a las culpas, mas también a la razón, porque luego, en naciendo, empezó a ayunar quatro días en la semana: lunes, miércoles, viernes y sábado, no queriendo en estos días tomar el pecho más que una vez.

En 1594, el *Fructus sanctorum* de Alonso de Villegas (que había cobrado fama de gran hagiógrafo gracias a los cuatro volúmenes del *Flos sanctorum* de 1574) prestaba atención al asunto en tres de sus discursos (nn. I, VIII y XXXV): “De abstinencia” (*op. cit.*, pp. 18-42), “Del ayuno” (*ibidem*, pp. 180-196) y “De infancia” (*ibidem*, pp. 769-784).¹⁶ En el primero, se alude al paradigma de san Nicolás. El segundo de esos discursos atiende de nuevo a san Nicolás, a cuyo ejemplo une los de Sismio, obispo taunense, y Estéfano, obispo de Constantinopla; de éste, además, se dice que comenzó a ayunar desde el vientre de su propia madre; por otra parte, se refiere el ayuno con que los habitantes de Nínive, niños de pecho y bestias incluidos, superaron la inminente

¹³ La escena es recogida en un crucero de marfil del siglo XII del Victoria and Albert Museum británico, donde también se custodia una magnífica vidriera de 1520-1525 que narra la vida del santo y sus milagros.

¹⁴ La ficha bibliográfica completa es la siguiente: *La vida de Nuestro Señor Jesuchristo y de su sanctíssima Madre y de los otros sanctos, según la orden de sus fiestas. Por frai Pedro de la Vega, de la Orden de San Hieronimo. Ahora de nuevo corregido y emmendado por el muy magnífico y muy reverendo señor doctor Gonçalo Millán, y añadido de algunas vidas de sanctos que no se han impresso en otros Flos sanctorum*, Sevilla: Juan Gutiérrez, 1572.

¹⁵ *Flos sanctorum. De las vidas de los santos, escrito por el padre Pedro de Ribadeneira de la Compañía de Jesús, natural de Toledo. Aumentado de muchas por los PP. Juan Eusebio Nieremberg y Francisco García, de la misma Compañía de Jesús. Añadido nuevamente las correspondientes para todos los días del año, vacantes a las antecedentes impresiones, por el muy reverendo P. Andrés López Guerrero, de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, de la Observancia, de la provincia de Castilla. Y en ésta últimamente adicionado con las vidas de algunos santos antiguos y modernos para satisfacer a las piadosas ansias y vivos deseos de tantos como las piden y solicitan, las cuales tanto éstas como las del M. R. P. Andrés López Guerrero van anotadas con estas señal: *. Dividido en tres tomos, y cada uno de éstos en quatro meses del año*, Barcelona: Imprenta de los Consortes Sierra, Oliver y Martí, 1790.

¹⁶ Esta abultada obra constituyó el meollo de la tesis doctoral de José Aragüés Aldaz y hoy podemos leerla, junto a la totalidad de dicha tesis, en forma de microficha: El “*Fructus sanctorum*” de Alonso de Villegas (1594). Estudio y edición del texto (Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1993). También puede consultarse a través de las páginas electrónicas de LEMIR de la Universidad de Valencia.

destrucción de su ciudad por haber despertado la ira de Dios, como les había comunicado Jonás el profeta; por lo demás, se repiten los tres ejemplos citados en el discurso previo. Finalmente, el tercer discurso, donde ofrece estupendas muestras del tópico *puer / senex*, habla de san Bernardino de Siena (1380-1444), que de muy pequeño guardaba parte de su propia comida para dársela a los pobres.

3. UN GRATO OLOR CORPORAL

Reparemos ahora en el suave aroma que acompaña al santo y al héroe, ese característico olor que a veces exhala vivo pero que, las más de las veces, desprende cuando su cuerpo es ya cadáver. A este respecto, contamos con el doble paradigma, laico y religioso, que ofrecen, aquí y en tantos otros momentos, Alejandro Magno y Jesucristo. El héroe macedonio muestra su gracia especial desde los más tempranos testimonios, que inciden incluso en el agradable perfume que salía por cada uno de sus poros, dato éste que se recoge rotundo en las *Vidas paralelas* de Plutarco:¹⁷ “Su cutis espiraba fragancia, y su boca y su carne toda despendían el mejor olor, el que penetraba su ropa, si hemos de creer lo que leemos en las Memorias de Aristoxeno”. Otro tanto se dice de Cristo (con sintagmas como *aroma de Cristo*, que hay que entender tanto rectamente como en un sentido figurado), y no es de extrañar, pues como Dios que es queda absolutamente vinculado a las mejores percepciones olfativas (la primera de todas, la del incienso).¹⁸

El motivo lo encontramos de nuevo cuando leemos el retrato de un gran héroe de la épica francesa del Medievo: de Orange, cuyo aliento, de acuerdo con la *Chanson de Guillaume* (ca. 1140), desprendía idéntico aroma. En este caso, no es de extrañar que así ocurra por cuanto el encuentro entre épica y hagiografía se había producido en origen, toda vez que, como nos enseñó hace tiempo Martín de Riquer, esta figura heroica es una deformación legendaria de un personaje auténtico, para el que existe documentación histórica precisa: san Guillermo de Aquitania, también llamado san Guillermo de Tolosa (cuya fiesta se celebra el 28 de mayo). En la serie textual relativa a este personaje hay dos referencias principales: la primera es la *Vita Sancti Wilhelmi* (ca. 1125); en ella, se recuerda en concreto que, antes de entregarse al rigor del monasterio, Guillermo había luchado contra los sarracenos, derrotado al rey moro Teobaldo y conquistado la ciudad de Orange.

¹⁷ Manejo en todo momento la traducción Antonio Ranz Romanillos, anotada por José Alsina, en Barcelona: Planeta, 1991 (para la cita, véase la p. 487).

¹⁸ Por el contrario, lo normal es que los diablos y los seres demoníacos que de ellos reciben la fuerza huelan a azufre o desprendan algún otro olor desagradable, como se lee en varios puntos de *El ente dilucidado de fray Antonio de Fuentelapeña* (1677).

El segundo título es, lógicamente, la aludida *Chanson de Guillaume*;¹⁹ de este poema, me interesa en particular un pasaje que cito a través de la traducción de mi buen amigo Joaquín Rubio Tovar:²⁰

¡Quién sería? El pensamiento
lo adevina, y Dios lo sabe.
¡Qué olor tan dulce y suave
dejó su divino aliento!
Aquí se dejó el gabán,
seguiré sus pisadas...
¡Válgame Dios! Señaladas
hasta en las peñas están.

Pocas son, en vida del santo, las leyendas hagiográficas que señalan su fragancia corporal; de hecho, a la memoria sólo me viene esa rara ave que es la estupenda biografía que de san Pedro Nolasco escribió Pedro de Ribadeneira (*Flos*, I, p. 298), donde también se indica que, a su muerte, “salió tal fragancia del santo cuerpo que llenó todo el convento” y que vino tanta gente a verlo a Barcelona “que fue necesario tener algunos días sin enterrar el santo cuerpo, perseverando siempre con la misma fragancia” (*ibid.*, p. 307). Ahora bien, el prodigio se produjo cuando el santo estaba aún caliente, pero ya muerto, con lo que no nos salimos de una norma en la que, eso sí, no faltan rasgos peculiares; de todos ellos, sólo recordaré el hallazgo del cuerpo de san Fermín en Amiens, que fue posible gracias a los desvelos de san Salvio, obispo de la ciudad. El relato de Pedro de Ribadeneira recuerda los prodigios que llevaron a picar en un determinado lugar, y añade cuáles fueron las señales indubitadas de que allí estaba san Fermín (*Flos*, III, p. 92):

Dio infinitas gracias a Dios, y con temor y reverencia trémula se llegó; y tomando un azadón, comenzó a cavar en aquella parte que señalaba el divino rayo; y al instante salió un olor tan precioso, suave y vehemente como si huviessen esparcido por la iglesia quantas aromas cría la feliz Arabia y quantos sabeos perfumes ha descubierto la industria humana, como si allí de repente se huviessen transplantado todos los hibleos prados y campos elisios, creciendo más las fragancias quanto más la azada se iba acercando al santo cuerpo. A tanto extremo llegó que se esparció el olor y fragancia no sólo por la iglesia y ciudad sino también por toda la provincia y ciudades circunvecinas; de tal suerte que todas confessaban a una voz después que juzgaban en aquella hora hallarse todos en el Paraíso.

¹⁹ El libro de Riquer, que a día de hoy sigue siendo la mejor manera de iniciarse en el estudio de la épica del país vecino, es *Les chansons de geste françaises*, París: Nizet, 1968 [1ª ed. en esp. 1952]; para el asunto, véanse en especial las pp. 122-147.

²⁰ *Cantar de Guillermo* (Madrid: Gredos, 1997), p.141.

4. PODER SOBRE LAS BESTIAS

Como si se tratase de santos o de héroes, hay leones que rinden pleitesía al hombre que se presenta revestido de una gracia especial; sin embargo, lo que hacen otros es medir fuerzas con el caballero, en esa larga línea que va desde los *Acta martirum* hasta el arte moderno y que cuenta con un exponente preclaro en los libros de caballerías del Quinientos literario español. En el futuro, tampoco se abandonará esa iconografía del héroe que, al igual que el santo, tiene a un león abatido a sus pies, como en el magnífico retrato de Juan de Austria conservado en el Monasterio de El Escorial que algunos han atribuido a los pinceles de Alonso Sánchez Coello (ca. 1531-1588). Por supuesto, el panorama se complica y enriquece en origen, pues la victoria sobre el león por parte del héroe con virtudes taumátúrgicas está ya en Hércules; en su leyenda, el trabajo que le llevó a la victoria sobre el león de Nemea es el primero de todos en la serie y el principal para su caracterización literaria y artística (recordemos que antes, con 18 años, había tenido una victoria semejante ante el león de Citerón). A este respecto, basta reparar en la hiperabundancia de imágenes heracliánas en las que reconocemos al héroe por vestir la piel del animal o por portarla en sus manos.

Por supuesto, su victoria deriva de su fuerza física y no de los poderes taumátúrgicos propios de los santos y, por extensión, de algunos héroes. El león, por supuesto, es animal omnipresente en el legendario e iconografía de los santos, desde san Jerónimo en adelante; de ahí, y por contaminación, saltó a las leyendas romancescas, como el *Yvain (Le Chevalier au Lyon)* de Chrétien de Troyes, o épicas, como el *Poema de mio Cid*, al inicio del cantar tercero. Aquí el Cid, con su sola presencia, convierte al león escapado de su jaula en el palacio de Valencia en un corderito; antes, no obstante, su sola visión había sido la causa de que los Infantes de Carrión se hiciesen aguas mayores. En este caso, Jack Walsh fue el primero en sospechar la contaminación de la materia cidiana por el legendario hagiográfico; no obstante, la anécdota exige un marco aún más amplio, como estoy intentando demostrar.

Con la iconografía de otro san Antonio, esta vez el de Padua, se asocian los peces o una mula, a los que predicó y alcanzó a convencer, dada su sabiduría, su facundia y la gracia que recibía del cielo (esta potencia se revela de nuevo, aunque en esta ocasión sólo con aves, en la difundida canción popular *San Antonio y los pajaritos*; con los pájaros, mostraron también su gracia san Francisco de Asís y santa Rosa de Viterbo [1235-1252]). El poder del ser extraordinario sobre la fauna acuática se antoja algo extraño, aunque sólo de entrada; de hecho, a poco que se repara se cae en la cuenta de que, en el folklore, esta potencia se halla asociada a la infancia de Cristo. El poder del ser extraordinario sobre la fauna acuática se antoja algo extraño, aunque sólo de entrada; de hecho, a poco que se repara se cae

en que, en el folklore, esta potencia se halla asociada a la infancia de Cristo. Así visto, cobra sentido (aunque sólo de forma parcial, si no se asocia el verbo con los *adynata* o *impossibilia*) el en principio ilógico villancico *Pero mira cómo beben los peces en el río* o el no menos célebre *Brincan y bailan los peces en el río*; así, se comprende un célebre episodio de la leyenda medieval de Alejandro Magno, en que, sirviéndose de un protobatiscafo, el emperador macedonio muestra su poder incluso en las profundidades marinas (*Libro de Alexandre*, estr. 2306 y ss., en particular estr. 2314: “Tanto se acogién al rey los pescados / como si los oviés por armas sobjudgados: / vinién fasta la cuba, todos cabez’ colgados, / tremién todos ant’él como moços mojados”).²¹ La estampa se parece extraordinariamente a la que, de san Antonio de Padua, nos ofrece Pedro de Ribadeneira (*Flos*, II, pp. 207-208):

Otra vez estando en la ciudad de Arimino, donde a la sazón había muchos hereges, queriendo el santo predicarles y reducirlos al conocimiento de la verdad, cerraron sus orejas y no le quisieron oír. Y él se fue a la ribera del mar, que está allí cerca y llamó a los peces para que le oyessen, diciéndolos: “Oídme vosotros, pues estos hereges no me quieren oír”. Fue una cosa maravillosa, que a estas palabras vino una muchedumbre innumerable de peces grandes, medianos y pequeños. Puestos por su orden y levantadas del agua las cabezas, con grande atención y sosiego le comenzaron a oír. Y el santo, llamándolos hermanos, les hizo un sermón de los grandes beneficios que habían recibido de Dios, y de las gracias que le habían de dar ellos, y cómo le habían de servir. Y acabado su razonamiento, baxando sus cabezas como quien tomaba su bendición, se fueron los peces. Y todo el pueblo, que había estado presente a este espectáculo, quedó atónito; y los mismos hereges, tan corridos y rendidos que se echaron a sus pies, suplicándole que les predicase y enseñase la verdad; y muchos de ellos, dexando las tinieblas de sus errores, fueron alumbrados con la luz del cielo.

En las *vitae*, el motivo aparece en la de san Pacomio (muerto c. 346), a quien los cocodrilos ayudaban a atravesar el río Nilo (nos lo cuenta Pedro de Ribadeneira, II, p. 77). Lo encontramos también en la leyenda de santa Eufemia de Calcedonia, virgen y mártir, a quien el tirano Prisco quiso dar muerte metiéndola en una cisterna, que llenó “de peces y de otras sabandijas del mar” (Ribadeneira, III, p. 45); pero, para su sorpresa, todos esos seres acuáticos no hicieron sino reverenciarla y defenderla. La manifestación más nítida de esta potestad del ser ungido por la gracia divina la hallamos, no obstante, en la leyenda del popular san Telmo, según la transmite Pedro de Ribadeneira. Este hagiógrafo relata los duros trabajos

²¹ Cito de nuevo por la ed. de Juan Casas Rigall, op. cit., p. 644. En nota al conjunto de las estrofas 2305-2323, este estudioso recuerda la fortuna de que gozó la aventura submarina de Alejandro Magno, que dejó huellas literarias (en la *Historia de preliis*, el *Roman de Alexandre* y sus continuadores) y hasta plásticas (sobre todo, en forma de dibujos o miniaturas en códices).

en que participó el santo al levantar un puente de piedra sobre el río Miño en Ribadavia:

Muchas veces, faltándoles la comida, se iba a la lengua del agua, y los peces le salían a recibir, y se estaban quedos hasta que él tomaba los que quería para su mantenimiento y de los que allí trabajaban; y los otros no se partían hasta que les daba su bendición, y con ella se partían al agua a gozar de su libertad (Flos, I, pp. 550-551).

El dominio que solo Alejandro ejerce sobre Bucéfalo, cruce de elefante y dromedaria según el *Libro de Alexandre*, cae dentro de este mismo orden de cosas.

5. LA FUERZA DE LA SANGRE Y DE LA GRACIA

Ni el santo puede hacer otra que tender a la santidad, ni el caballero nada que no sea seguir el camino de la aventura militar y amorosa del *roman*; del mismo modo, distintos héroes de la épica francesa son incapaces de desarrollar tareas serviles y sólo encuentran su camino cuando descubren su condición de *milites viri*, como bien demostrara Lucia Shen.²² En España, la leyenda de un Cid bastardo nacido de un parto gemelar es un ejemplo estupendo de la fuerza o llamada de la sangre: mientras su medio-hermano, pues sólo lo es de madre, sigue los impulsos de la sangre paterna y, por ello, siente inclinación por las rústicas labores, en Rodrigo la sangre de Diego Laínez, que lo ha engendrado en su encuentro amoroso con una villana, aflora cuando es sólo un niño y lo conduce, inevitablemente, hacia las armas y las empresas militares.²³ Cuantos han trabajado con esta leyenda cidiana (aparentemente segundona y marginal, cuando es justamente al contrario) han olvidado una ficha: la figura del Cid-bastardo resulta ser un calco, en su nacimiento, de Hércules, espejo de héroes. Así es, ya que Hércules guarda idéntica relación con su medio-hermano gemelo, Ificles: la madre de ambos, Alcmena, engendró a Hércules en su relación con Zeus; y a Ificles al yacer, un día después, con Anfitríon, su marido legítimo. La conducta de los hermanos desde el primero de los trabajos se atiene igualmente al patrón señalado: cuando Hera arroja las

²² "The Old-French 'enfances' Epics and their Audience", Filadelfia: University of Pennsylvania, 1982.

²³ Véase mi artículo "El romancero cidiano y la poética del romancero", en Carlos Alvar, Fernando Gómez Redondo y Georges Martin, eds., *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas. Actas del Congreso Internacional "IX Centenario de la muerte del Cid"*, celebrado en la Univ. de Alcalá de Henares los días 19 y 20 de noviembre de 1999 (Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2002), pp. 325-338; en él, quedo en deuda absoluta con Samuel G. Armistead por un artículo de 1988 posteriormente revisado, "Dos tradiciones épicas sobre el nacimiento del Cid", en su libro *La tradición épica de las "Mocedades de Rodrigo"* (Salamanca: Universidad de Salamanca, 2000), pp. 17-30.

serpientes a su cuna, Ificles se echa a llorar, pero el temperamento de Hércules lo induce a ahogarlas con sus propias manos.

Circunstancias parecidas encontramos en los libros de caballerías. De ejemplo, me sirve el *Baldo*, allá donde narra la infancia del héroe, que crece al cuidado del aldeano Mandonio y junto al hijo de éste, Zambelo. El anónimo traductor y refundidor español cuenta respecto de ambos: “Pero tenían muy diversas inclinaciones: que Baldo no se inclinava sino a cosas altas, mas Zambelo a cosas baxas como las de su padre”.²⁴ De acuerdo con un patrón novelesco que hunde sus raíces en la profundidad de este universo legendario, la virtud de la niña de noble linaje aflora también de continuo, aun cuando crezca en el más duro de los medios. Reveladores son, a este respecto, dos ejemplos cervantinos: Constanza en *La ilustre fregona* y Preciosa en *La gitanilla*. Cervantes puso especial atención a la hora de resaltar este hecho en las dos novelas.

En las *vitae*, el santo nace; sin embargo, la entrega al estudio por parte del santo es también motivo relativamente frecuente, aunque se emplea para enfatizar las virtudes del personaje desde la infancia, abundando en el tópico del *puer / senex*. En su perfección, el santo es sabio desde la niñez, por estudio o por gracia innata de signo divino: la estela de este último patrón llega fortalecida por la propia infancia de Jesús; por lo que al primero se refiere, los modelos son múltiples, en clave religiosa y laica, con el todopoderoso referente de Alejandro Magno (como estamos viendo, su legendaria figura ha de leerse en paralelo con muchas páginas de los *flores sanctorum*). Basta recordar el largo pasaje alusivo a la formación del futuro emperador al inicio del *Libro de Alexandre*, desde la estrofa 16, que dice (ed. de Juan Casas Rigall, *op. cit.*, p. 134 y ss.):

El padre, de siet' años, metiólo a leer;
Diol' maestros ornados de sen e de saber,
los que mejores pudo en Greçia escoger,
quel' sopiessen en todas las artes emponer.

6. SUPERACIÓN DE PRUEBAS, AÑAGAZAS Y MALDICIONES

Motivos como la resolución de pruebas por vía taumatúrgica, dada la gracia especial que del santo pasa al héroe, explican también el influjo de la hagiografía, clásica y cristiana, sobre el resto de los patrones literarios. Consideremos esta posibilidad en casos como el de la vida de san Benito de Nursia, que descubrió que

²⁴ Cito a través de la ed. del impreso sevillano de 1542 por Folke Gernert (Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 2002). p. 20.

sus monjes trataban de matarlo porque no soportaban la dura regla que les había impuesto. En su leyenda se dice que al santo le bastó hacer la señal de la cruz sobre la copa para que ésta estallase. Pues bien, el conjunto de la anécdota puede remitir a un doble universo referencial: a una taumaturgia que se percibe nítida desde el Antiguo Testamento y sería potenciada por la literatura cristiana apócrifa; y a una *roman courtois* que incluye pruebas de esta misma naturaleza. Por cierto, por esta vía el mundo cristiano muestra su total superioridad respecto del mundo pagano, ya que sus dos grandes baluartes (que tanto pesan, además, sobre el dibujo de héroes y santos), Alejandro en la vida (una vida novelada en la literatura que de él nos habla) y Hércules en la ficción (una ficción que se transforma en leyenda histórica, para hablarnos de la fundación de Francia y aun de la de España), murieron, precisamente, al no superar la prueba y caer ante el veneno preparado por sus enemigos y administrado por personas de su total confianza.²⁵ En este sentido, cabe recordar también la versión de la muerte de Augusto envenenado por su mujer Livia.

La leyenda de san Julián el Hospitalario, recogida en la francesa *Vie de saint Julien*, ofrece un vaticinio trágico y fantástico, más propio de los cuentos folklóricos y las ficciones romancescas, como es el que un ciervo al que estaba dando caza prediga que, andado el tiempo, matará a su padre y su madre, lo que acaba ocurriendo. Este motivo lo hallamos infiltrado en el folklore, acaso por vía paralela a la de esta subyugante leyenda hagiográfica, aunque más seguramente arrastrado por ella de manera directa: pienso, en concreto, en la leyenda de Teodosio de Goñi, en la localidad navarra de Aralar.²⁶ En este patrón legendario, la superación de la maldición, una vez transformado el vaticio en cruda realidad, implica un duro proceso purgativo que repite el patrón antropológico de los doce trabajos de Hércules, por los que el héroe o semidiós hubo de pasar tras dar muerte a sus hijos. Por supuesto, el motivo está calcado también de un modelo añorísimo, como se desprende de su presencia en la leyenda de Edipo, que se enreda en otras tantas

²⁵ La leyenda del Macedonio es mucho más compleja a este respecto, ya que, al referirse a su muerte, habla unas veces de veneno y otras de fiebre (los historiadores han añadido posteriormente otras causas naturales). En conjunto, conviene revisar el caso en Antonio Guzmán Guerra y Francisco Javier Gómez Espelosín, *Alejandro Magno. De la historia al mito* (Madrid: Alianza, 1997), pp. 182-185.

²⁶ De acuerdo con esta leyenda, Teodosio, al volver de combatir al moro, tropezó con el demonio, que le dijo que su mujer, Constanza de Butrón, estaba acostada con otro en su palacio de Olo. Ciego de ira, cabalgó raudo y mato a sus padres, que eran quienes, por indicación de su buena mujer, descansaban en el lecho. Las primeras noticias de esta leyenda, que se ambienta en los inicios de la ocupación musulmana y habría llevado a la fundación de la iglesia de San Miguel in Excelsis por parte del citado Teodosio, una vez superada su penitencia, están en la Crónica de los Reyes de Navarra (1534) escrita por Mosen Diego Ramírez de Abalos de la Piscina. Para todo ello, véase José Miguel Barandiaran, "Mitología del Pueblo Vasco", *Euskaldunak. La etnia vasca* (San Sebastián: Etor), vol. VI, p. 252.

ocasiones con la materia hagiográfica, como vemos en una de las leyendas de Judas Iscariote.²⁷ Y es que, al igual que esta figura maldita ha sido reivindicada dada su función, imprescindible de todo punto para que Cristo redimiese a los hombres con su tormento y muerte (esta idea ha reaparecido en varios momentos históricos tras la temprana apología de Judas por la secta de los cainitas y, sobre todo, por el escándalo montado por los valedores del *Evangelio perdido de Judas*, frente al silencio, para ellos culpable, de Roma), existe una derivación de la leyenda que envilece a Judas al ligarlo a la maldición de Edipo, ya que, al igual que el personaje mitológico, habría sido abandonado al nacer para escapar a un terrible vaticinio; luego, Judas vuelve por los mismos pasos de Edipo al matar a su padre y desposarse con su madre. No es de extrañar que esta leyenda de Judas, de corte especialmente truculento, adquiriera una notable relevancia al colarse, con indicación de su carácter apócrifo, dentro de muchos de los *flores*, más concretamente en la vida de san Matías.

7. NAVES CON CUERPOS O IMÁGENES

Válgame como ejemplo el de traslación del palentino san Antolín, cuyos restos habrían sido traídos por una nave milagrosa guiada por los ángeles. Éste, el de la nave que lleva al santo vivo o muerto, es uno de los motivos más recurrentes en hagiografía y que, sin necesidad de otras rebuscas (que arrojarían fichas menos conocidas, como la de san Gumaro confesor), aparece ligado nada menos que a la leyenda del patrón de España, Santiago Apóstol (recordemos que la fiesta de la traslación de su cuerpo, con toda su carga romancesca, se celebra el 30 de diciembre), y a la del legendario primer ministro de Cristo en Provenza, que de acuerdo con una aquilatada tradición habría sido el san Lázaro del Nuevo Testamento, llevado a Marsella junto a sus hermanas por una nave sin remos ni timón. La tardía leyenda de san Andrés apóstol nos lo sitúa también en Francia, en tierras de Burgundia, hasta donde lo habría llevado una nave milagrosa para liberar a otro apóstol, san Mateo (Pedro de la Vega, *La vida de Nuestro Señor*, II, 1v). Por otra parte, la ciudad de Santander tomaría su nombre de san Emeterio, por haber llegado

²⁷ Tan fantástica amplificatio de la leyenda de Judas la abordó Vladimir Propp en su célebre *Edipo a la luz del folklore*, Madrid: Fundamentos, 1980. Para el tema edípico, y su presencia en el *Libro de Apolonio*, véase Isabel Lozano-Renieblas, *Novelas de aventuras medievales. Género y traducción en la Edad Media hispánica* (Kassel: Reichenberger, 2003), pp. 49-66. Aragüés me indica que el padre Félix Cabasés publicará en breve una edición de la leyenda de “Los cuatro coronados”, presente en la Leyenda de los santos de 1520-1521; en ella, según se me dice, hay un nuevo caso de doble incesto. Por supuesto, el relato nada tiene que ver con la vita el de los santos militares recordados el 8 de noviembre.

milagrosamente su cabeza, junto a la de su hermano Celedonio (ambos habían sido degollados hacia el 300 en Calahorra), en una barca movida por los designios de Dios.²⁸ Acerca de este motivo, aún añadiré alguna ficha más en su momento.

Esa nave tenía ya una enorme importancia en la mitología clásica, que nos ofrece muestras tan importantes como la llegada de la imagen de Hércules a Eritrea según el relato de Pausanias (VII, 5, 5-8). Además, como bien sabemos, la presencia del motivo de la barca encantada no se limita a la mitología y la hagiografía sino que acabó por apoderarse del universo literario del *roman*; por esa razón, el vehículo maravilloso lo encontramos tanto en algunas ramas de la leyenda de Tristán, tras su lucha contra el gigante Morholt, como en las continuaciones de la leyenda artúrica, según percibimos en el caso de Raguidel, compañero de Galván, y como se comprueba en el mejor de los ejemplos: el del Arturo moribundo transportado a Avalón. En fin, tampoco nos olvidemos de la nave de Salomón que porta la espada de David, que más tarde llevará el cuerpo muerto de la hermana de Galaad y a éste, a Bohort y a Perceval, en *La búsqueda del Santo Grial*. Ahora bien, *vitae* y novelas apelan a las naos no sólo por su función como singular vehículo fúnebre: también recurren a ellas para transportar a algún lugar lejano a sus respectivos protagonistas en una o varias aventuras.

8. FINAL

Incluso cabe perseguir principios de poética literaria, y no de simple detalle, a partir de las vidas de santos, cuyo análisis fuerza un recorrido de extraordinaria amplitud a través de varias formas artísticas de épocas lejanas y distantes entre sí. Permítaseme una nueva calicata, que tiene su origen en la percepción de que, en su mayoría, las *vitae* se constituyen a modo de auténtico relato de formación, como una especie de embrión del moderno *Bildungsroman*. Por vía comparatista, sólo se me ocurre un caso semejante: el que resulta del ensamblaje de las distintas anécdotas biográficas de Hércules (cuyo patrón pesó extraordinariamente sobre el relato épico, novelesco y hagiográfico, como he pretendido poner de manifiesto en varios momentos a lo largo de este trabajo) desde la infancia hasta su ulterior divinización. Pocas obras enseñan como éstas a trazar caracteres radicalmente opuestos en clave maniquea, como tantas veces ha procurado el arte de todos los tiempos (la fórmula buenos contra malos, o puros contra impuros, es básica no sólo en gran parte de la literatura universal, sino que en ella radica también una de las

²⁸ Esas cabezas son las reliquias más preciadas de la Catedral de Santander, ciudad que, al igual que Calahorra, tiene a san Emeterio por patrón (esta última pone a su lado a san Celedonio, su hermano).

claves de varios géneros o subgéneros cinematográficos);²⁹ por supuesto, esa cercanía no se ve sino que casi se palpa en el caso del arte narrativo de las dos últimas centurias, particularmente desde que irrumpiera el Naturalismo en el panorama.

Lo que he presentado son unas cuantas notas ampliadas de varios momentos de mi libro, que estará en la calle a inicios de 2008 (aunque yo esperaba verlo publicado justamente ahora). En sus páginas, pongo de relieve la capacidad transmisora de las *vitae sanctorum*, las grandes olvidadas por Curtius en su *magnum opus*; al mismo tiempo, ejemplo tras ejemplo, aduzco pruebas de su formidable influjo sobre la literatura española y europea, tanto en textos secundarios como en obras maestras, en escritos de contenido religioso y moral como en otros marcadamente laicos o, andado el tiempo, abiertamente anticlericales.

²⁹ El citado patrón es básico en el cuento tradicional, en la épica o en el *roman courtois*. En este último, el planteamiento, mucho más refinado y complejo permite gradaciones, en la pureza (de Perceval a Galaad) y en la impureza (Morgana, Ginebra, Lanzarote, Arturo). La misma operación cabe hacer, asistidos por una razón más poderosa, en el Persiles, que se mueve entre lo puramente animal y lo espiritual y sublime; entre la noche herética del Septentrión y la luz diáfana de Roma.